

Revista de Antropología Social

ISSN: 1131-558X

ras@cps.ucm.es

Universidad Complutense de Madrid
España

SAN ROMÁN, Teresa
Sobre la investigación etnográfica
Revista de Antropología Social, vol. 18, 2009, pp. 235-260
Universidad Complutense de Madrid
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83817222011>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Debates, informes y entrevistas

Sobre la investigación etnográfica¹

About ethnographic research

Teresa SAN ROMÁN²

Departament d' Antropologia Social i Cultural. Universitat Autònoma de Barcelona
teresa.sanroman.uab.es

Recibido: 2 de junio de 2008

Aceptado: 18 de julio de 2008

Resumen

La Antropología, disciplina científica, encuadrada en las ciencias sociales, con un nexo muy fuerte con la Historia y con dimensiones éticas, sigue unos modelos de investigación en los que los problemas e hipótesis se van redefiniendo a lo largo de ella como proceso emergente. Sin excluir otros, se señalan ilustrativamente cuatro tipos de investigación etnográfica cuyos resultados tienen que contrastarse una vez obtenidos. Tales modelos, imprescindibles en las sociedades urbanizadas e industrializadas modernas, requieren una adaptación cuidadosa a cada situación concreta. Además, es deseable variar y combinar en todo lo posible los instrumentos entre la etapa inicial de comprensión y la o las sucesivas etapas de contrastación. Además, las exigencias de adecuación de las técnicas radican precisamente en el objeto de la Antropología: la diversidad cultural, las relaciones interculturales, la importancia de los significados, la contextualización, el interés de tendencia holista y la exigencia de confiabilidad están en primer plano.

Palabras clave: modelos de investigación etnográfica, sociedades urbanizadas e industrializadas modernas, validación, diversidad cultural, relaciones interculturales, contextualización, significados, holismo.

¹ Entre los años 2002 y 2005, en el GRAFO, Grup de Investigació de la UAB, mantuvimos reuniones periódicas con el objetivo de debatir y acordar los presupuestos sobre lo que entendíamos por Antropología y los principios que debían guiar nuestra investigación. El texto actual fue presentado por Teresa San Román y fue debatido y corregido, completado con aportaciones y críticas que modificaban el texto, por Aurora González y Aurelio Díaz. Fue después presentado al GRAFO, al que agradezco en su conjunto el haber trabajado detenida y críticamente esta propuesta. En aquellas reuniones también se discutieron los textos de A. González Echevarría (2006) y T. San Román (2006).

² Han colaborado Aurora González Echevarría, Aurelio Díaz y Grup de Recerca en Antropologia Fonamental i Orientada –GRAFO– de la UAB.

Abstract

Anthropology, scientific subject, framed in the social sciences, with a very strong link with the History and ethical dimensions, follows a research's models in which the problems and hypothesis are being redefined along the research as an emerging process. Without excluding another one, we point at four types of ethnographic research whose results have to be tested once obtained. This models, which are essential in the modern developed and industrialized societies, requires a careful adaptation to each specific situation. Furthermore, it's desirable to change and combine, as far as possible, the tools from the early stage of understanding and the next/s stage/s of scrutiny. Moreover, the techniques's fitness requirements lies in the object of anthropology: cultural diversity, intercultural relationships, the importance of meanings, the contextualisation, the interest in holistic trend and the requirement of trustworthy are in the foreground.

Key words: ethnographic research models, modern developed and industrialized societies, validation, cultural diversity, intercultural relationships, contextualisation, meanings, holism.

SUMARIO: 1. Una forma de entender la Antropología. 2. Modelos de investigación. 3. Propuesta etnográfica. 4. Comentarios al modelo de investigación etnográfica. 4. 1. Primera etapa. 4. 2. Segunda etapa. 5. Traslación del modelo de investigación etnográfica propuesto a su utilización en zonas urbanas de las modernas sociedades industrializadas. 5. 1. Consideraciones preliminares. 5. 2. Respecto a “una disciplina científica encuadrada en las CC. Sociales”. 5. 3. Respecto a los “Modelos de Investigación”. 5. 4. Las unidades de observación en las SUI. 5. 5. Consideraciones sobre el uso de la observación participante en las SUI. 6. Referencias bibliográficas.

1. Una forma de entender la Antropología

A. La Antropología, que es una disciplina científica que estudia la variabilidad de las culturas, está encuadrada en las ciencias sociales y tiene una vinculación especialmente fuerte con la Historia.

Una disciplina científica: por científico se entiende un conocimiento que formula hipótesis y las pone a prueba, no un conocimiento cierto ni neutro ni objetivo, ni necesariamente un conocimiento que ofrece explicaciones nomológicas. La Antropología explica los fenómenos socioculturales por medio de hipótesis que los describen e interpretan y que establecen relaciones entre ellos –proponiendo generalizaciones empíricas hipotéticas y proponiendo tanto hipótesis interpretativas, como hipótesis relacionales sobre causas, motivos, intereses, condiciones de posibilidad, etc.–. Los procedimientos y técnicas para ponerlas a prueba y para valorar sus resultados son diversos y distintamente adecuados para tratar los diferentes tipos de hipótesis.

Encuadrada en las ciencias sociales: las Ciencias Sociales no constituyen disciplinas disjuntas, aunque no parece que ninguna de las existentes pueda en este momento subsumir a otras. La especificidad de la Antropología se establece a partir de su tradición disciplinaria centrada en la diversidad de las culturas, lo que implica también sus analogías, de su énfasis en los procesos simbólicos, de su interés contextualizador y comprensivo y de su perspectiva transcultural. Sí podemos, sin embargo, tener un horizonte de unificación de las Ciencias Sociales en los planes de

estudio o en la investigación. Una forma de avanzar es la formación plural de los miembros de los equipos de investigación y el establecimiento de relaciones interdisciplinarias en nuestros proyectos.

Una vinculación especialmente fuerte con la Historia: existe también con otras disciplinas de las Ciencias Sociales, Humanidades y con la Psicología y la Etología, pero es privilegiada con la Historia en un doble sentido: por la pertinencia de las explicaciones procesuales y temporales en Antropología y por la necesidad de tener en cuenta las aportaciones de la Historia para la comprensión de muchos procesos socioculturales.

B. La distinción que se ha hecho en el punto anterior entre hipótesis antropológicas descriptivas –sobre generalizaciones empíricas–, interpretativas y relacionales, exige una aclaración. Si no somos excesivamente puntillosos podemos diferenciar entre “las viviendas tienen tejados de paja” –generalización empírica hipotética–, “los materiales de los tejados son marcadores de estatus” –hipótesis interpretativa– y “los tejados de las viviendas dejaron de hacerse con paja cuando se hizo accesible la uralita” –hipótesis relacional–. Pero describir, interpretar e interrelacionar no constituyen etapas sucesivas de la investigación, sino que son actividades intelectuales presentes desde su comienzo, aunque una u otra pueden tener distinto peso en diferentes momentos.

En reuniones previas del Equipo al que pertenezco hemos discutido respecto al momento de formulación de las hipótesis y a la historia de la contraposición entre conocimiento inductivo, conocimiento hipotético-deductivo y teoría fundamentada (González Echevarría, 2006). Había acuerdo respecto a que las explicaciones se formulan para dar cuenta abductivamente de problemas previamente planteados, ya que, aunque toda investigación parte de supuestos y unas tengan un carácter más prospectivo y otras se dirijan más a la puesta a prueba, todas son procesos emergentes en los que los problemas y las hipótesis se van redefiniendo a lo largo de su desarrollo.

C. Todas las investigaciones tienen una dimensión ética y las de las Ciencias Sociales tienen que enfrentarse a decisiones éticas específicas, porque trabajan con personas y porque las relaciones que los investigadores establecen con ellas y las conclusiones de su trabajo inciden de una u otra forma en la vida de las personas³. La discusión de las cuestiones que vinculan los problemas éticos con la investigación trata de temas relativos a los intereses y al conocimiento, al papel de los investigados en las decisiones, a la investigación –reflexión e investigación-acción– y a la difusión de los resultados, entre otros. Para estos problemas, que ahora no se van a abordar, puede verse la posición adoptada y su argumentación en un artículo ya publicado con anterioridad en la RAS (San Román, 2006).

2. Modelos de investigación

A. Los primeros pasos en un proceso de investigación son los siguientes: a) selección del objeto de estudio por intereses teóricos y/o temáticos y/o en una pobla-

³ No nos referimos únicamente a la intervención social sino a la creación de opinión que produce la lectura de los resultados de las investigaciones de la Antropología.

ción concreta, b) lectura inicial guiada por estos intereses, c) selección del campo de estudio y, en su caso, de la unidad o unidades de observación.

B. A partir de aquí se puede trabajar con teorías transculturales, informes etnográficos, documentos y/o datos de campo. Varios miembros del GRAFO han hecho trabajos de crítica de teorías, de métodos, procedimientos y técnicas de investigación, comparación transcultural a partir de informes etnográficos, e historia de la Antropología. La reflexión sobre estos tipos de trabajos la han desarrollado en distintas medidas⁴. El modelo que sigue se refiere particularmente a la investigación etnográfica, aunque parece claro que muchos aspectos serían comunes a otros tipos de investigación.

3. Propuesta etnográfica

Esta propuesta, que toma como punto de partida la efectuada por San Román (1983, 1996a, 1996b), tiene en cuenta algunas críticas de los últimos años a la etnografía y opta por combinar la etnografía clásica y los enfoques que han resultado de esas críticas, porque de ambos se pueden obtener beneficios para la práctica de campo en lo referente al proceso de investigación etnográfica y al producto etnográfico.

A nuestro juicio, la opción que proponemos está a medio camino entre el realismo que ve en las teorías un espejo de la realidad y el constructivismo radicales; dos posiciones extremas que no compartimos. Las posiciones intermedias, porque son varias y diversas en un continuo, tratan de mejorar nuestra capacidad de comprensión y de predecir hasta donde sea posible, desvelando los significados que no resultan inmediatos e interrogándose sobre las regularidades y diferencias. En la respuesta a estos interrogantes, la explicación causal es uno de los medios para lograr el conocimiento y la inteligibilidad del mundo, pero hay otras formas posibles de explicación. Para esta tarea, en el caso de la Antropología, la labor interpretativa resulta imprescindible.

Un punto irrenunciable de la propuesta es la convicción de que tanto si se trata de un trabajo etnográfico prospectivo, como de un trabajo de observación participante a largo plazo, como de uno especialmente diseñado para la contrastación, y tanto si se trata de propuestas de generalizaciones empíricas como de explicaciones a partir de significados, causas, razones, motivos o intereses, *para que resulte útil es necesaria la validación de sus conclusiones*. En primer lugar, debe validarse la existencia y la extensión de los problemas, de los fenómenos sobre los que nos interrogamos. Y cualquier propuesta interpretativa o teórica –ya se trate de hipótesis que parten de teorías o de hipótesis etnográficas ya disponibles con anterioridad o bien generadas en ese mismo proceso de trabajo etnográfico– deberá ponerse a prueba para ver, ante todo, si da cuenta de manera satisfactoria del problema planteado, si resulta aceptable para el ámbito al que se supone que se aplica y, después, si resulta fecunda, si se puede extender a otros problemas y/o ámbitos.

⁴ Me refiero, entre otras, a las publicaciones sobre métodos de investigación de A. González Echevarría, y en particular a la de 2003, y a su trabajo de 1990 sobre *Etnografía y comparación*, así como a la obra de M. Valdés (2002).

El otro punto fuerte sería que, cuando en cualquiera de estas propuestas se implican significados, sistemas de valores y, en general, relaciones complejas en contexto, siempre es imprescindible lograr una comprensión de esa cultura por parte del etnógrafo o del equipo etnográfico, mediante su inmersión en el contexto y con el apoyo de las relaciones de confianza con un número amplio de miembros de la población estudiada.

Por lo tanto, esta exigencia de experiencia por parte de los investigadores se puede reducir si lo que se trata de investigar se sitúa en un terreno y pertenece a una población no distante de su propia cultura o que es conocida por ellos previamente, y si los temas que intentan investigar son asequibles y los datos resultaran fiables sin una inmersión previa en las situaciones pertinentes. En cualquier otro caso, esa inmersión es la que posibilita el proceso de comprensión del que después hablaremos y la observación participante suele ser la base, nunca suficiente por sí sola, para la aplicación de cualquier técnica de obtención de datos.

Dicho esto, sin embargo debemos hacer notar que el riesgo a evitar es considerar cercanas culturalmente cualesquiera situaciones y personas de la sociedad del etnógrafo o etnógrafa, proximidad sociocultural de la que es necesario asegurarse previamente. Aun así, nos quedan dos tareas de la máxima importancia. Por una parte, se halla el esfuerzo por llegar a conocer la diversidad cultural interna, porque nuestras sociedades, están, precisamente, entre las que mayores niveles de complejidad y heterogeneidad presentan. Por otra parte, en el estudio de lo “culturalmente próximo” casi nunca resultan adecuadas las categorías que hayamos podido adquirir como personas nativas de nuestra cultura, y nos vemos obligados a construir categorías que hay que definir en el interior del conocimiento antropológico. En este sentido, P. Bourdieu recomendaba una especial vigilancia en el estudio de lo próximo, porque el corte epistemológico con categorías que podríamos denominar folk es muy difícil que llegue a producirse del todo.

La propuesta etnográfica que planteamos se refiere entonces a cada trabajo inicial que puede dar paso –aunque no llegue a hacerlo– a un programa de investigación etnográfica a largo plazo. Propone la necesidad de secuenciar la investigación de campo en una situación o con una población mal conocida por el etnógrafo –en otras situaciones la secuencia, como decíamos, podría verse alterada–, de manera que la comprensión y contextualización, sin abandonarlas en todo el proceso, sean el punto de partida inicial en el que se gesten en su forma adecuada las propuestas etnográficas, tanto generalizaciones empíricas hipotéticas, como hipótesis interpretativas, como hipótesis relacionales –causales, teleológicas, funcionales, etc.– que posteriormente puedan ponerse a prueba de una forma rigurosa en una segunda etapa de trabajo de campo.

Después de la primera etapa de campo es posible:

- Conocer de antemano gentes y grupos, territorios y relaciones entre ellos, que supongan comprensión de los fenómenos y relaciones de campo fiables, en las que el etnógrafo o la etnógrafa puedan apoyarse, a) con relativa confianza y b) con el suficiente conocimiento sobre la representación de los niveles de variación sociocultural presentes en la población.

- Establecer los intereses focales para continuar la investigación, planteando los enunciados a partir del conocimiento teórico de quien investiga y de la experiencia y la reflexión de campo en el contexto en el que se producen los hechos a los que se refieren.
- Explicitar las interrelaciones de los datos en un contexto preciso. Esta tarea con frecuencia exige ampliar el conocimiento teórico de quien investiga.
- Definir con sentido y operacionalizar lo más cercanamente posible a ese sentido las entidades teóricas con las que se trabajará después.
- Tener el conocimiento preliminar, pero bien fundado, para seleccionar casos o diseñar muestras de la diversidad de la población y de sus características culturales.
- Conocer la aplicabilidad de las técnicas a esos contextos y poblaciones para poder seleccionar las adecuadas por criterios no sólo guiados por las exigencias de los objetivos de investigación, sino también por la mejor aceptación de unas u otras técnicas por los distintos grupos, la elección de los momentos adecuados para realizar diferentes tareas investigadoras, etc.

En todo caso, siempre será necesario realizar las contrastaciones iniciales suficientes entre la población y en los contextos y situaciones estudiados, como para poder formular conclusiones sobre las que merezca la pena seguir trabajando en su contrastación y en su fertilidad.

En un segundo trabajo sobre el terreno, teniendo ya una comprensión previa que permite formalizar un diseño teórico y un diseño técnico guiado por éste, buscamos profundizar en los temas focalizados y no solo ya en el conocimiento general de la cultura, contrastar y delimitar la extensión de las generalizaciones y poner a prueba las interrelaciones, que resultarán validadas o no. Esta segunda etapa de campo, además, a su vez suele dar pie a nuevas indagaciones y propuestas contrastables, que abren nuevos caminos de investigación a programas largos de construcción etnográfica. En este sentido, resulta evidente que una segunda etapa de trabajo de campo puede serlo para la contrastación de hipótesis generadas en una primera etapa de esa misma investigación o en investigaciones anteriores, pero puede ser también una etapa que sería la primera para nuevas ideas que surgen de ella.

Efectivamente, lo que proponemos es que se realice antes que nada una comprensión, en la que después nos entenderemos, en un trabajo de campo que da lugar a la formulación de hipótesis y que después de esa formulación realicemos otro dirigido a ponerlas a prueba de forma adecuada. Pero en el primer trabajo de campo en ningún caso se renuncia a la contrastación, por el contrario, las hipótesis se concluyen porque han resistido a aquellas pruebas a las que hemos podido someterlas en la condiciones, en el contexto y con las personas que nos han inspirado esas ideas y otras del mismo grupo de informantes seleccionado para su estudio. Y de la misma forma, en la segunda etapa de campo no sólo se contrastarían las ideas ya formalizadas surgidas de la etapa anterior, sino que se producen nuevos pasos en la comprensión y nuevas hipótesis que exigen, a su vez, ser puestas a prueba intencionadamente en distintas condiciones en un nuevo trabajo de campo. El proceso no tiene fin porque en el conocimiento científico nunca nada está definitivamente validado, porque las variaciones espaciales y temporales suponen cambios que resultan nuevamente contrastadores, y

porque el aumento de nuestro conocimiento propicia que tengamos ideas cada vez más incisivas y comprensivas cuando volvemos a situarnos nuevamente en el campo.

En definitiva, se trata de dos etapas de campo, a la primera de las cuales corresponde *el énfasis* en una familiarización sustancial con la población, su cultura y sus contextos y a la segunda *el énfasis* en una puesta a prueba de los resultados de la anterior, frecuentemente en modificaciones, si no abandonos, de propuestas anteriores, en la construcción teórica que exige la precisión de los conceptos y de la operacionalización, el diseño y la adecuación de las técnicas para lograr esos cometidos. En este modelo se está caracterizando cada etapa de campo por *un énfasis* en distintos tipos de tareas, pero insistimos en dejar claro que siempre hay un cierto solapamiento porque en cada una de las etapas se realizan tareas que se han señalado como específicas de la otra.

No se trata, por tanto, de una secuencia estanca e inmutable sino que, al ocuparse por una parte de *la elucidación de los fenómenos culturales, de su sentido y de las relaciones que los vinculan y, por otra, de la fiabilidad de los datos, del alcance de las generalizaciones y de la validación de hipótesis teóricas*, se propone como el bastidor de los procesos de construcción etnográfica, que varían enormemente en sus exigencias y potencialidades, en sus objetivos, en el proceso y en el tiempo que se dedica a ellos. En suma, se trata de un modelo que pueda servir de referencia en las investigaciones concretas pero que sólo a veces puede llevarse a cabo tal como aquí se plantea. Sin embargo, el modelo permite evaluar las capacidades y riesgos de un proyecto de investigación concreto y, por tanto, permite también tomar precauciones en su planteamiento y limitar críticamente el alcance y la validez de sus resultados —evitar errores tales como extrapolar a una población cuestiones propias de un segmento que estudiamos, dar el mismo valor a las intuiciones que a las hipótesis formalizadas pero no contrastadas y que a las hipótesis contrastadas, olvidar que cierta propuesta validada en un contexto precisa ser validada en otro “más falsador”, atribuir permanencia e importancia a elementos o relaciones que pueden verse como coyunturales si se observan a través de un tiempo más dilatado, etc.—. Es posible aplicar el modelo en la práctica, especialmente en la práctica académica, pero además siempre nos servirá como referente para la valoración de proyectos concretos y para tomar precauciones en su proceso y respecto a sus resultados.

Como venimos señalando, con frecuencia una primera investigación que, a partir de una o varias unidades de observación, ha llevado a un modelo hipotético y a su puesta a prueba, abre paso a una línea o programa de investigación. En este caso, la primera investigación —con sus dos fases— dará paso a otras investigaciones en cadena, que incorporarán elementos de la primera fase o de la segunda en distintos grados, en función del conocimiento que se tenga del grupo donde la investigación se realiza⁵.

⁵ El concepto de programa de investigación, que utilizo, está próximo al modelo de Lakatos de desarrollo del conocimiento científico y al de teoría fundamentada de Glaser y Strauss, (1967).

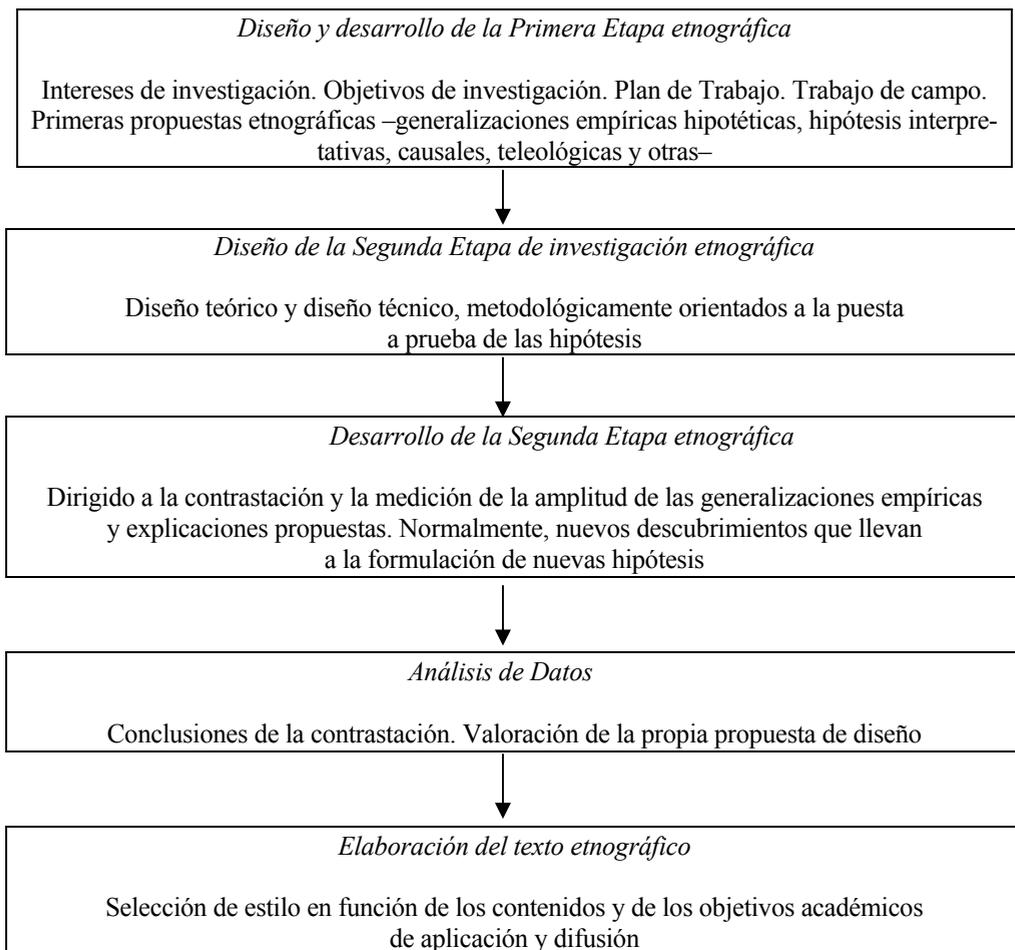


Figura 1: *Secuencia metodológica propuesta para la génesis y puesta a prueba de hipótesis en una investigación etnográfica*

4. Comentarios al modelo de investigación etnográfica

4. 1. Primera etapa

En la primera etapa, caracterizada como enfáticamente cualitativa, en principio –se sigue presuponiendo un escaso conocimiento de la población, previo al trabajo que se realiza–, creemos que debería empezarse, según el modelo clásico de etno-

grafía⁶, utilizando la observación participante. Permite indagar sobre la vida tal como va ocurriendo, captar lo que sucede en el contexto y de la forma que sucede, sin otra interferencia que la que implica nuestra propia presencia, formación teórica e intereses, subjetividad y capacidad. Es, efectivamente, mucha interferencia y evitable sólo hasta cierto punto. Pero ese problema está siempre presente, mientras que en este caso no hay otro artificio ni hay otros supuestos, como los que existen en la construcción de una realidad ficticia que intenta reproducir la que realmente queremos observar, como pasa en su extremo en el laboratorio o en la simulación, procedimientos a cuyas ventajas hay que restar que no sólo interfieren también la formación teórica, intereses, subjetividad y capacidad del investigador, sino que se trabaja con un modelo reducido e ideal de la realidad; en estos aspectos el trabajo de campo mediante la observación participante sólo presenta beneficios. Cuando un etnógrafo o una etnógrafa —o los *etnógrafos* colaboradores, en ciertas circunstancias— se interesa por algún lugar, que le es desconocido en cierta medida, en el que realizar su investigación etnográfica, tras acceder a la bibliografía relacionada, si la hay, difícilmente puede hacer otra cosa que observar y participar de la vida del grupo. La única manera de llevar a cabo el estudio en un contexto desconocido es estableciendo relación con la gente, participando con ellos en sus actividades y observando lo que ocurre e informándose sobre ello. Esto permitirá al etnógrafo o etnógrafa dejarse exponer a lo que va ocurriendo e ir localizando fenómenos de interés especial, a veces inesperados, por sorprendentes —“quebras” o “*rich points*”, en términos de Agar (1992)—. La comprensión se va produciendo a medida que los fenómenos observados se van entendiendo y relacionando con estructuras folk de conocimiento o significado, con procesos, estructuras y datos contextuales, conforme el investigador va desarrollando sus propios esquemas explicativos (Agar, 1992).

La observación participante implica inmersión activa, contactos comunicacionales orales, recogida de información observacional y documental. Con un énfasis en la aplicación de técnicas cualitativas en el transcurso de la observación participante —suelen ser entrevistas no pautadas, historias de vida, estudios de casos, observación de grupos, construcción de genealogías y planos, principal y más frecuentemente—, los esquemas del antropólogo o antropóloga cada vez explican más fenómenos y, al aumentar su contenido, se vuelven más coherentes.

En este proceso, que a nuestro entender mejor representa hoy la perspectiva holista en antropología, el etnógrafo o la etnógrafa va construyendo el conocimiento de la vida del grupo. Con esto no queremos decir que quien investiga se enfrente a su trabajo desde el vacío, sin preconcepciones teóricas y de otro tipo. Esto es imposible siempre y en este caso significaría que no pertenece a ninguna cultura y carece de formación antropológica, entre otras cosas. La importancia de la teoría es preciso que la tengamos en cuenta desde el principio, porque es la que nos indica caminos de búsqueda y nos hace prestar atención a lo que nos sorprende porque apoya o choca con aquello que guía la indagación etnográfica.

⁶ Para algunos puntos que siguen se han tomado como base para la discusión varios textos de la Memoria de TU de Virginia Fons, que han sido debatidos, modificados o ampliados por T. San Román y los dos colaboradores en este artículo, responsables del GRAFO.

La indagación, como la propia elección de un grupo determinado de personas, de situaciones y de temas a investigar y problemas intelectuales a resolver, presupone ya una selección realizada con criterio. Ese criterio puede ser de distinto origen y tenemos que suponer que también interviene en él, y de forma importante, la formación del investigador o investigadora y sus intereses personales y teóricos. Desde esta perspectiva, el conocimiento de uno mismo y la autoconsciencia crítica ideológica, teórica y metodológica son los instrumentos más poderosos para limitar, quizá podría decirse otra vez, para domesticar, la inevitable carga personal, social, política y académica que introducimos en nuestro conocimiento. Asimismo, parece claro que es imposible la aprehensión cultural y social adecuada sin un cierto grado de identificación con las personas estudiadas. En este sentido, la relación es empática y requiere sensibilidad e intereses filantrópicos por quien investiga, lo que supone capacidad de comunicación y de identificación humana –que no necesariamente ideológica o ética–, es decir, identificación con el estudiado como de la misma naturaleza que uno mismo.

Así pues, el primer trabajo de campo etnográfico debería centrarse en: 1) la observación e información cotidiana sobre las personas y situaciones que se estudian, que permiten trazar las regularidades, los procesos y dinámicas, las variaciones y la consistencia en las pautas de comportamiento; 2) la recogida de información a través –sobre todo, en este primer momento, aunque no sólo– de técnicas cualitativas adecuadas que permitan profundizar en ciertos aspectos y plantear las contradicciones y variaciones que se dan entre los miembros del grupo estudiado.

Hemos hablado de *énfasis* en las técnicas cualitativas, pero en realidad la oposición no es tanto entre técnicas cualitativas o cuantitativas, intensivas o extensivas, sino de técnicas que suponen preguntas, y en general indagaciones, más abiertas o más cerradas, que requieren en menor o mayor medida el conocimiento previo de los códigos culturales para la interpretación de los resultados. De hecho, las técnicas no son tanto apropiadas para la primera etapa o la segunda, sino que algunas son inaplicables hasta que se conoce el contexto cultural y, a medida que avanza la investigación, el abanico de técnicas que se pueden utilizar se amplía, sin que en ningún momento ninguna de las cualitativas o intensivas se descarte. Volveremos sobre esto al hablar de la segunda etapa.

Esta primera etapa, cuyo objetivo es la comprensión inicial, adentrarnos en la *comprensión comprehensiva* de la cultura, es fundamental en el trabajo etnográfico. Los etnógrafos y las etnógrafas acostumbramos a pasar un tiempo largo entre la gente y en sus espacios y situaciones más diversas, para permitirnos observar no sólo lo cotidiano y momentáneo sino lo infrecuente y los procesos y así poder localizar fenómenos, percibir datos sobre ellos en detalle, apreciar lo repetitivo y lo inusual, las variaciones y transgresiones. Entendemos así que una buena etnografía empieza, entre otras cosas, por haber obtenido una gran cantidad y variedad de información etnográfica, que se va articulando críticamente en una propuesta de conocimiento de la población a través de diversas situaciones y personas y a lo largo de un periodo de tiempo suficiente para poder confiar en ella.

En un momento en el que todas las disciplinas de las Ciencias Sociales invocan el trabajo de campo, defendemos la importancia de la *observación participante* en la

construcción de la teoría etnográfica. Por su intencionado respeto por el curso habitual de la vida de aquellos a quienes estudia –aun sabiendo que nunca es del todo posible– y por el mucho tiempo que el etnógrafo o la etnógrafa se toma en comprenderla y estar presente en ella, la observación participante constituye una herramienta que no sólo propicia la aparición contextualizada de los datos que pretende, sino que hace posible que lo imprevisible pase. Permite a quien investiga localizar fenómenos significativos que no son comprensibles para él en un principio y le permite también empezar a entrever relaciones entre los fenómenos.

En este tipo de etnografía, al comienzo es mejor no intentar parcelar las observaciones programadamente sino, por el contrario, procurar en la medida de lo posible aprehender el contexto cultural para dar sentido a los fenómenos que vamos recogiendo. Una orientación parcial, en un contexto poco conocido, no permite una comprensión ajustada de lo que perseguimos, ni tampoco permite aproximarnos a la visión del mundo de la población estudiada, indispensable para dar cuenta de aquello que en concreto buscábamos.

Al final de esta primera fase de la investigación, el investigador o investigadora de campo habrá adquirido una buena comprensión etnográfica al conectar las piezas de un puzzle cultural, algunas previsible, otras que no sospechaba que existían antes de empezar a trabajar, para llegar a construir una imagen *tentativa* de la población estudiada. Estará en disposición de proponer un buen conjunto de hipótesis descriptivas, interpretativas y relacionales sobre ella. En este sentido es en el que se puede y se debe decir que la etnografía genera su propia teoría; aunque, también, puede reforzar o debilitar teorías ya establecidas –y, evidentemente, ser cuestionada por ellas–.

Es a partir de este punto cuando, dado un conocimiento de la teoría previa y una familiarización con los fenómenos, podemos proponer hipótesis formalizadas, trabajar sobre sus relaciones con la teoría disponible y establecer la forma de ponerlas a prueba en el contexto empírico. En suma, es entonces cuando podemos elaborar los diseños teórico y técnico metodológicamente orientados que proporcionan puentes entre la construcción teórica, los centros de interés y los datos, lo que nos permitirá después contrastar nuestras propuestas.

4. 2. Segunda etapa

Para la segunda etapa de trabajo de campo, es necesario construir un *diseño* de investigación que permita contrastar críticamente las hipótesis fundamentales del esquema tentativo que hemos construido sobre la cultura de la población estudiada. El *diseño*, que se formaliza después de una primera etapa de trabajo de campo –o teniendo previamente una comprensión adecuada de la población, las situaciones y el contexto en cuestión–, tiene como objetivo conectar el esquema etnográfico que pretende dar cuenta de los hechos y de sus relaciones, y la base empírica que corroborará la adecuación de esos constructos teóricos o mostrará su inadecuación.

La importancia de los aspectos técnicos es grande, pero subordinada a la de los aspectos metodológicos y a los aspectos teóricos que señalan los datos que queremos obtener y para qué fines. El diseño técnico se entiende así como la parte del diseño general de una investigación que incumbe a los procedimientos y técnicas para conectar la teoría con los datos que pueden contrastarla. A partir del *diseño teórico-*

metodológico –formulación y tratamiento de las hipótesis, definición de los conceptos, definición de las variables implicadas, formulación de implicaciones contrastadoras, etc.–, se construye el *diseño técnico*, que consiste en:

- determinar los datos que son necesarios para poner a prueba las hipótesis.
- definir la unidad o unidades de análisis.
- determinar las áreas y poblaciones más idóneas –muestras, comunidades, etc.–.
- seleccionar las técnicas más adecuadas para proceder a la puesta a prueba.
- operacionalizar las entidades teóricas guiados por las exigencias de cada técnica
- categorización, decisiones de control, procedimientos para la aplicación de las técnicas, etc.–.

La medición es una tarea central en este cometido y el grado de interés por la medición y su misma posibilidad dependen de cuáles son las hipótesis, qué tipo de variables están implicadas en ellas y qué tipo de datos pretendemos analizar. El contexto teórico en el que se sitúan hipótesis y variables y el contexto sociocultural en el que se sitúan los datos que se desean medir son fundamentales. Ambos tipos de contextos son los que están dotando a esos datos de significación y propósito. No es posible medir sin una definición y concreción de las categorías que vamos a utilizar –que pueden ser categorías nativas o categorías teóricamente construidas–. Todo ello tendrá que estar explicitado en el diseño.

No existen técnicas “buenas” ni “malas” ni más o menos “etnográficas” por sí mismas. Cada técnica es un instrumento y como tal sólo es útil para tratar ciertos problemas y es aplicable sólo en ciertas condiciones. Las técnicas no son autónomas ni autosuficientes y su elección concreta y la articulación de unas y otras en esta segunda etapa depende de decisiones de diseño y éstas sólo pueden tomarse a partir del conocimiento del contexto y del marco teórico-etnográfico y metodológico construido. Especialmente, la aplicación de ciertas técnicas para la recogida de datos –como puede ser el caso de las entrevistas pautadas y las encuestas– supone el conocimiento previo del medio cultural y social que se va a investigar: para saber *qué* preguntar, *cómo* preguntar, *dónde* preguntar, a *quién* preguntar, *qué* puede esperarse que tenga sentido preguntar y responder en cada situación. De la misma forma, la aplicación de ciertas técnicas de análisis de los datos –como por ejemplo las estadísticas– sólo puede cumplir su cometido si se conoce profundamente a los estudiados, los contextos y situaciones y si se comprende profundamente los significados de las propuestas hipotéticas y de los conceptos, las categorías y relaciones que están implicados en ellas.

Hay que tener en cuenta también la relación de nuestros constructos con las teorías antropológicas bien establecidas o con la etnografía precedente. Estas teorías previas resultarán ser un apoyo teórico para algunas de nuestras conclusiones, pero cuando chocan con nuestros resultados, especialmente si se trata de teorías bien establecidas, que muestran usualmente su validez, en principio es mejor plantearse una puesta a prueba de nuestras conclusiones en esa dirección. La puesta a prueba de las teorías propuestas es, por tanto, una etapa de la investigación necesaria para aproximarse al conocimiento de los fenómenos estudiados, valorando su validez no sólo en el contraste con los datos sino también con la de otras propuestas alternativas bien fundadas, de manera que esta contrastación doble debe diseñarse en su conjunto.

No se trata, como se ha dicho desde un empirismo radical, que se distorsionen los hechos para ajustarlos a teorías, ideas etnocéntricas o ideas tomadas de otras culturas. Todo lo contrario, se trata de intentar dotar a nuestras proposiciones de la mayor validez –capacidad de la teoría para dar cuenta de los hechos– posible, a través de la doble contrastación, empírica, por una parte, y respecto a otras alternativas, comparando su respectiva capacidad para dar cuenta de los datos, por otra⁷.

Para terminar, retomemos algo ya dicho: la distinción de las características entre ambas etapas no puede ser de exclusión de una por la otra. Siempre existe un cierto solapamiento entre ambas: la primera fase no puede ser del todo posible sin cuantificación, medición y contrastación a cierto nivel; la segunda no puede desentenderse de la empatía o el trabajo sobre el significado, ni deja de suponer una nueva experiencia en la que vuelven a generarse propuestas etnográficas, antes inexistentes, y otras cuestiones que hemos tratado como especialmente propias del trabajo de campo generalmente más largo, el inicial. *Es una cuestión de distintos énfasis guiados por el primer objetivo –conocer el medio y formular hipótesis– y por el segundo –contrastar nuestras propuestas, sometimiento a la crítica de nuevos datos de otras gentes de la misma población, objeto de estudio–.* Pero es que además el solapamiento evita la rigidez y domestica críticamente cada una de las técnicas empleadas. Todas estas cuestiones podrían evitar, en unos casos, la baja fiabilidad de los datos que se obtienen y, en otros, muchos problemas de validación de las teorías.

Por lo tanto, la propuesta en dos fases con dos énfasis diferentes y dos objetivos distintos que dirigen esos énfasis, junto a un cierto solapamiento ininterrumpido, pretende recuperar lo más valioso e insustituible de la vieja etnografía –la comprensión de culturas distintas y la confiabilidad– y dar el papel que le corresponde a las distintas formas de crítica y al empeño en la validez.

En esta misma línea, toda práctica investigadora debería ajustarse a las exigencias teóricas y metodológicas, aunque siempre dentro de unos márgenes de flexibilidad, en la medida en que cada investigación es única en sí misma. Esto debería ser así porque esas exigencias son las que orientan la búsqueda y ayudan a construir marcos más o menos articulados para llegar a los resultados. Pero las orientaciones teóricas y metodológicas deberían hacerse explícitas, deberían exponerse siempre los supuestos que fundamentan la investigación.

Creemos así haber expuesto abiertamente nuestra opción. Ofrece una alternativa útil a la disyuntiva estéril e innecesaria de una etnografía del significado y de la interpretación enfrentada a una etnografía de las hipótesis causales –o “cientifista”–. El único requisito metodológico es que, si se desea que todas las propuestas, descriptivas, interpretativas y relacionales, constituyan un conocimiento críticamente construido, es necesario ponerlas a prueba siempre que esto es posible, que es casi

⁷ La comparación de las propuestas teóricas suele ser problemática y no simple, como parecería desprenderse de lo que decimos en el texto. Pero no es lugar éste para tratarlo y se aparta de los objetivos que ahora nos planteamos. Ver para este debate: González Echevarría (2003), capítulo 5: “Sobre el conocimiento científico, su complejidad y sus límites”.

siempre⁸. De esta forma, hemos expuesto el sustrato que pensamos que debería sustentar la investigación etnográfica; y aún más, cuando nuestra etnografía puede incidir en la vida de las personas, lo que intencionadamente o no, suele ocurrir.

Es una alternativa y, como tal, sujeta a críticas. En estas cuestiones el dogmatismo es simplemente contradictorio con el resto del pensamiento expuesto. Pero la elección es consciente y se fundamenta en que reduce notablemente los márgenes de error y recoge las mejores aportaciones, a nuestro juicio, de la tradición disciplinar sobre la construcción etnográfica.

5. Traslación del modelo de investigación etnográfica propuesto a su utilización en zonas urbanas de las modernas sociedades industrializadas

5. 1. Consideraciones preliminares

La primera consideración es que la investigación antropológica, lejos de estar ausente o de no ser posible en estas situaciones, es imprescindible. Lo es porque sus características rebasan, por su magnitud y complejidad, a las de situaciones con mayores posibilidades de ser circunscritas, aunque sea sólo hasta cierto punto. La investigación etnográfica en nuestras ciudades lleva al extremo la resolución de cuestiones de complejidad intercultural y variabilidad, sobre las que se han hecho postulados de la teoría antropológica que ahora pueden ser contrastados y redefinidos –un ejemplo muy claro ha sido y lo sigue siendo el parentesco y la familia–. Lo es porque aparecen temas nuevos para el estudio –como por ejemplo puede ser la incidencia masiva de las nuevas tecnologías en la comunicación intercultural, la generalización del trabajo asalariado, el acceso común a la sanidad o la emergencia de nuevas formas de asociacionismo y solidaridad–. Y lo es por la incidencia social y política que tienen en nuestras sociedades los problemas de diversidad y de interculturalidad, objeto central de la Antropología.

Si se está de acuerdo en esto y si se entiende que una disciplina se caracteriza entre las otras por la definición de su objeto, podemos inmediatamente estar de acuerdo también en que los problemas que puede presentar la investigación no son precisamente por razón de lo inapropiado de su objeto disciplinar. Todas estas y otras cosas son problemas teóricos para la Antropología: los problemas para estudiar una comunidad de ancianos internados en una residencia y la forma en la que unos y otra están y se piensan, los problemas para estudiar el progreso de la Iglesia Evangélica de Filadelfia entre los gitanos de Barcelona o de Madrid, los problemas para interpretar las imágenes que distintos segmentos sociales puedan tener en distintos puntos de España y Francia sobre el consumo de drogas de síntesis frente al tabaco y al alcohol, o los problemas tanto causales como significativos en las situaciones que promueven el racismo y las variaciones simbólicas implicadas en las versiones discursivas del mismo. Como tales, estos asuntos precisan de investigación etnográfica que haga avanzar su desarrollo. Pero, además, son problemas socioculturales que precisan de

⁸ En ocasiones, como Agar (1992), se habla de corrección de esquemas y no de puesta a prueba de hipótesis, tal vez para evitar un lenguaje considerado positivista. Pero, como sostuve en otros casos acerca del término “racista”, los problemas no se resuelven re-bautizándolos.

esas teorías para clarificar las ideas sociales y que necesitan también esas etnografías, una a una, para poder contar con la información detallada en el terreno sociocultural concreto, necesaria para programar y orientar los cambios que se consideran necesarios en ellos para hacer lo posible por que las personas vivan con menos sufrimiento.

El problema en la traslación del modelo de investigación no es disciplinar ni metodológico, en el sentido de la lógica de la investigación. El problema es, en todo caso, técnico. Por lo tanto, no puede ser un problema insoluble, ni siquiera mayor. Las técnicas, como los métodos de investigación, son un patrimonio común a muchas disciplinas y existe un gran número y un gran desarrollo, por lo que en cada caso es necesario utilizar las que más convenga a nuestro objeto disciplinario, a los objetivos de investigación, a las características de los sujetos y poblaciones; pero en ningún caso a nuestra capacidad para utilizarlas. Esa capacidad nos puede quedar corta y podemos ensancharla nosotros mismos, unas veces, y otras pedir colaboración a antropólogos o no antropólogos, como es lo normal, para ilustrarnos sobre lo que no sabemos hacer o para compartir proyectos. Pero he empezado a detallar las exigencias de adecuación de las técnicas precisamente por nuestro objeto, de manera que *la diversidad cultural, las relaciones interculturales, la importancia de los significados, la contextualización, el interés de tendencia holista y la exigencia de confiabilidad están en primer plano*. Todas ellas siempre exigen, en estos estudios de los que hablamos, seguir procedimientos distintos en distintos momentos de la investigación, combinar técnicas diferentes, recurrir a estrategias complementarias, cuando no buscar el apoyo interdisciplinario. Es en este sentido en el que parece ser que lo que tenemos entre manos es, en definitiva, un problema técnico, problema que tendremos que solucionar en cada caso de acuerdo con todas esas circunstancias a las que me he referido: *en cada caso*. Negar la posibilidad de hacer etnografía es lo que de ninguna manera podemos hacer —cuando todos sabemos lo que nos puede interesar, lo que estamos haciendo en estos terrenos— porque nos neguemos a utilizar herramientas técnicas diferentes a las usuales. Y no estoy diciendo que ello suponga prescindir de las más nuestras, las más vinculadas a la herencia disciplinaria de su historia. Ni es necesario ni, sobre todo, sería posible sin quebrantar, precisamente, la aproximación a nuestro objeto.

Es desde esta perspectiva, desde la que me parece que tendríamos que abordar el tema de la traslación del modelo de investigación etnográfica. Pero para ello sugeriría ir tratando lo que hemos recogido en páginas anteriores respecto al “modelo de investigación etnográfica” y revisar detenidamente los problemas que nos puede plantear para cada uno de ellos esa traslación.

5. 2. Respecto a “una disciplina científica encuadrada en las CC. Sociales”

Cuando los procedimientos y técnicas de los que tradicionalmente ha dispuesto la disciplina no han sido suficientes —que no lo han sido en múltiples ocasiones a lo largo de su historia—, los antropólogos han recurrido al repertorio técnico disponible en otras CC. Sociales y Humanas que habían llegado a desarrollos técnicos diferentes. De la misma forma, si no fueran suficientes para cumplir los objetivos de la Antropología, aparte de recurrir a cualesquiera otros que supiéramos adecuados, ello

nos exigiría ingeniar nuevos instrumentos; es decir, como ya estaba previsto en cualquier caso, se trata de:

- Profundizar más de lo que ahora hacemos en los conocimientos y habilidades técnicas de las que disponen otras disciplinas, en especial de las CC. Sociales y Humanidades.
- Combinar de forma *ad hoc* los instrumentos que se han elegido, de manera que se cumplan las exigencias de adecuación a nuestro objeto, a los objetivos de investigación y a las características de los sujetos y poblaciones.
- Inventar otros, si fuera necesario pero, en todo caso, hacer siempre las adaptaciones que se consideren oportunas en cada investigación etnográfica.

5. 3. Respecto a los “Modelos de Investigación”

Decíamos que la selección del objeto de indagación estaba guiada por intereses teóricos, temáticos o en un grupo humano concreto. En el caso de las SUI⁹, existiría una diferencia en cuanto a la selección del objeto de estudio cuando se trata del interés en una población concreta. Mientras que se pueden elegir para su estudio ciertos pueblos solamente por el hecho de ser desconocidos en nuestras universidades –algo frecuente en otros momentos si se trataba de una SP–, lo común en los contextos SUI es que una determinada población se seleccione porque suponemos que es adecuada para estudiar algún tipo de problema teórico o teórico-etnográfico. También suele ocurrir, cuando esa población está especialmente vinculada a problemas sociales, que se quieren conocer porque se desean resolver, por lo que la etnografía es igualmente necesaria, aunque no suficiente. Son un ejemplo ciertos inmigrantes o la población anciana que vive sola en Cataluña. Aunque, en definitiva, estamos hablando de problemas teóricos y/o temáticos, en este caso la investigación se centra en una población en concreto porque lo que se quiere conocer es cómo ese objeto de interés está imbricado en los múltiples aspectos de la vida de esa población en su conjunto. Se podrían poner algunos ejemplos:

a) Ejemplo de estudio guiado por el interés teórico: los modelos de adopción en Cataluña y su dilucidación en el contexto de la definición de un dominio teórico de la cultura de la reposición humana.

b) Ejemplo de estudio guiado por el interés temático –y social, en este caso–: las formas de familia en Cataluña y las previsiones sociales de ayudarlas.

c) Ejemplo guiado por el interés etnográfico en una población concreta: los inmigrantes marroquíes en Cataluña y su incidencia en los procesos de cambio en sus lugares de origen; el papel de las remesas en la economía familiar en origen; las diferencias de aculturación entre la primera generación inmigrada y la primera generación de nacidos en Cataluña hijos de inmigrantes; etc.

⁹ Se usa SUI, para las modernas “sociedades urbanizadas e industrializadas” frente a las antiguamente llamadas “sociedades primitivas”, aquí SP. Somos todos conscientes de que la dicotomía es burdísima, como lo es también el repertorio de características dicotómicas atribuidas a uno o el otro tipo. Convendría resolver esto de una manera mejor, pero no quiero detenerme ahora y resulta así comprensible para el propósito actual.

En el tercer ejemplo el interés es etnográfico, pero puede ser igualmente un ejemplo teórico-comparativo si el objetivo del trabajo fuera de esta índole, para lo que la investigación etnográfica sería un medio. En tal caso, el que sean marroquíes importaría en la medida en que ciertas condiciones de los inmigrantes marroquíes no compartidas, por ejemplo, por inmigrantes guineanos, son las requeridas para observar de una cierta forma ese centro de interés teórico desde una perspectiva determinada.

La diferencia entre el primero y el segundo ejemplo, por una parte, y el tercero, por otra, implica formas diferentes de abordar el estudio, pero no tan diferentes en el caso de la Antropología: en la medida en que el conocimiento de un elemento requiere el conocimiento de los contextos en los que se inscribe. La manera de enfocar el estudio en Antropología no es tan dispar como lo sería en otras disciplinas, como por ejemplo la Sociología, donde la contextualización no es tan importante –aunque en algunos casos o en algún autor pueda serlo–, de modo que es posible la comparación entre elementos escasamente contextualizados. En lo referente a la Antropología a veces existe esa posibilidad pero:

1º) Es evidentemente preferible que el trabajo que se refiere a temas o a intereses teóricos cuente entre sus investigadores con los etnógrafos capaces de estudiar aquel o aquellos elementos en cuestión, sobre la base de contextos ya conocidos previamente o bien que se incluya su estudio en el interior de un trabajo etnográfico amplio.

2º) La selección de los elementos o aspectos siempre está presente, siempre tenemos que saber que existen razones tras de ella e incluso que no siempre –ni mucho menos– los investigadores las hacen explícitas. *El caso de estudios guiados por temas o por intereses teóricos exige la selección conjunta de elementos y de aspectos etnográficos amplios que se suponen, por el conocimiento previo, que son pertinentes porque se relacionan de algún modo significativo con el objetivo de investigación hasta ese momento.* Otros aspectos importantes etnográficamente se considera que pueden dejarse de lado, pero es precisamente el conocimiento previo el que permite profundizar en un aspecto concreto porque se sabe qué seleccionar y qué apartar. Aun así, a lo largo del trabajo, la consciencia de la existencia de relación entre fenómenos exige prestar atención a lo que en principio no se esperaba.

Pongamos un ejemplo: nos interesa saber el peso que supone para los inmigrantes en Cataluña la contribución económica que hacen a sus familias en el lugar de origen y su incidencia en las condiciones en las que éstos están en Cataluña. Por lo tanto, hemos decidido seleccionar el tema de las remesas periódicas y algunos otros que nos indiquen lo que éstas pesan sobre sus condiciones económicas en Cataluña. Existen cuestiones relacionadas de forma obvia que posiblemente se van a seleccionar sin un conocimiento etnográfico previo –número y situación de los dependientes, incluidos los que dejaron en su lugar de origen, intención de retornar y exigencias de preparación del retorno, objetivos migratorios y su evolución y otras–. Pero también hay cuestiones que se relacionan de forma menos obvia: los *marabouts*, a los que puede acudir hasta los lugares de origen desde cientos de kilómetros de distancia, son acreedores de pagos o compensaciones; la reciprocidad se extiende a los parientes patrilineales o ambilaterales hasta la 5ª generación, por ejemplo, si se han mantenido

las redes iniciales; puede que se deba participar en el coste de las ceremonias anuales de iniciación masculina. En este ejemplo, el conocimiento de las remesas regulares sería claramente insuficiente para comprender las condiciones de los inmigrantes y cómo incide en ellas sus aportaciones económicas al lugar de origen. La cuestión es que todas esas otras cosas hay que saber que existen, aunque sean extrañas a nuestras expectativas culturales, si se quiere trabajar sobre ellas.

El problema entonces es el de la complejidad de relaciones y de contextos, instituciones y redes de individuos y de grupos. En suma, *el problema a resolver es el de la delimitación de la construcción etnográfica* a algunos de estos contextos, instituciones y redes o a aspectos de ellos, de manera que ese corte y delimitación se haga, de todos modos, contemplando ampliamente las exigencias metodológicas que conciernen a la forma de abordar los objetivos de la investigación y teniendo en cuenta los aspectos fundamentales que guían la vida de las personas, grupos o instituciones.

Esta dificultad no es nada nuevo. Existía siempre. La crítica a, por ejemplo, los estudios de comunidad de los dos primeros tercios del siglo pasado era una crítica sobre todo a que se hicieran cortes o delimitaciones, lo que en sí mismo era una crítica absurda, ya que la construcción del conocimiento los exige, pero no de forma arbitraria. Pero había otra crítica certera respecto a qué cortes y delimitaciones de los que se practicaban eran erróneos. Era erróneo cuando, por ejemplo, eliminaban de la consideración del investigador de una comunidad, todos o parte de los contextos “extracomunitarios”, de las instituciones y relaciones sin los que era imposible la comprensión de lo que se estaba estudiando, mermando en exceso la capacidad de conocer. La crítica era más acertada, claro está, cuando no existía en el investigador conciencia de la necesidad de ampliar su campo de investigación que cuando se trataba de una etapa de esa investigación.

De lo que no cabe duda es que cuanto más extensa y más profunda es esa complejidad, de la que hablaba, más difícil es la delimitación, porque más son los campos que es necesario “cortar” y, si así se hace de entrada, menos se conocen los riesgos de cortar unos y no otros. El conocimiento de otras disciplinas resulta aquí tan inabarcable como necesario –Economía, sólo como ejemplo–. Aún más, muchos campos propios de la misma Antropología resultan imposibles de considerar sin la *ayuda especializada intra-disciplinar*, de la que tan poco se habla pero de la que tanto se resiente la investigación cuando uno piensa que sabe todo. Ante estas dificultades, las soluciones podrían apuntar en dos direcciones. La primera es, sin dudar, emprender programas largos de construcción etnográfica, que permitan abordar sucesivamente aspectos que se van tejiendo con los resultados de los estudios parciales anteriores, modificándolos y siendo modificados por ellos. Esto permite, metodológicamente, la sofisticación de las propuestas y las contrastaciones cada vez más rigurosas y precisas. También permite, teóricamente, incluir de la mejor forma posible el estudio de los procesos, con todo lo que esto implica para valorar las permanencias y sus razones, los cambios, las vigencias coyunturales, las reutilizaciones de la experiencia social y cultural, el olvido y abandono cultural, la integración de la vida sociocultural en juego en el devenir histórico en cada presente cambiante. La segunda vía para encontrar solución a esos problemas señalados, perfectamente compatible con la

primera, es el trabajo interdisciplinario y el equipo disciplinario diversificado en los saberes y competencias de sus miembros.

Señalaba antes que:

el otro punto fuerte –de la propuesta que se presenta– sería que, cuando en cualquiera de estas propuestas se implican significados, sistemas de valores y, en general, relaciones complejas en contexto, siempre es imprescindible lograr una comprensión de esa cultura por parte del etnógrafo o del equipo etnográfico, mediante su inmersión en el contexto y con el apoyo de las relaciones de confianza con un número amplio de miembros de la población estudiada.

Esto es más cierto en las SUI que en las SP, para las que de hecho era una exigencia. En suma, *estamos ante una complejidad mayor: lejos de eximir de tiempo y medios para lograr una familiarización y una red amplia de relaciones bien diversificadas en la población que estudiamos, requiere aún más de los que ya se pedían en las SP. La renuncia a esto es una renuncia al trabajo etnográfico, que es el propio de la Antropología e impone ciertas condiciones disciplinarias.* Las soluciones a esta dificultad vuelven a ser de orden técnico y de orden práctico exclusivamente. Son de orden técnico, porque impelen a recurrir a cuantas técnicas de todo tipo nos brinden las Ciencias Sociales que puedan ser *de utilidad para lograr los objetivos de una investigación antropológica.* Son de orden práctico en relación, sobre todo, al tiempo necesario para el trabajo de campo, la realización en aquellos contextos y situaciones que hayamos definido como pertinentes para los objetivos de investigación expuestos, la reiteración temporal que permita abordar diferentes aspectos en distintos momentos y el tamaño y composición de los equipos.

Llegados a este punto y teniendo bien en cuenta la necesidad de vigilancia epistemológica respecto al conocimiento de sentido común de la que hablaba Bourdieu, conviene recordar, tal como se proponía antes, que:

aun así, nos quedan dos tareas de la máxima importancia. Por una parte, se halla el esfuerzo por llegar a conocer la diversidad cultural interna, porque nuestras sociedades, están, precisamente, entre las que mayores niveles de complejidad y heterogeneidad presentan. Por otra parte, en el estudio de lo “culturalmente próximo” casi nunca resultan adecuadas las categorías que hayamos podido adquirir como personas nativas de nuestra cultura, y nos vemos obligados a construir categorías que hay que definir en el interior del conocimiento antropológico.

En sí misma, la propuesta metodológica no tiene otro tipo de problemas distintos a los que ya había, más allá de los técnicos. *La clave posiblemente más importante está en la delimitación, de manera que sea posible el objetivo de hacer accesible al conocimiento la variabilidad interna y “externa” del campo delimitado.*

Por lo tanto, tenemos que buscar:

a) Situaciones que nos muestren de manera particular la variabilidad cultural –en cuanto a instituciones, redes de personas o grupos, grupos y categorías de personas, comunidades de diferente tipo y otras– pertinente a los objetivos de la investigación.

b) Conexiones de las situaciones inicialmente seleccionadas con otras que justifiquemos como necesarias para una comprensión adecuada.

Para ello podemos precisar, como antes decía, el concurso de colegas antropólogos con especializaciones y destrezas distintas a las nuestras y la colaboración de investigadores de otras disciplinas.

5. 4. Las unidades de observación en las SUI

En ningún caso vamos a hacer aquí una tipología ni un análisis de los tipos de estudio en las SUI, sus problemas específicos y las alternativas de solución. Por esa razón debe tenerse muy en cuenta que lo que se incluye en este apartado no son sino algunos ejemplos de estudios frecuentes en nuestro campo y algunos ejemplos de sus implicaciones para el propósito actual. Una vez hecha esta aclaración, podría poner cuatro ejemplos:

a) Algunas veces, también en las SUI existen *comunidades locales territorialmente definidas*, en las que se desarrollan densamente las relaciones sociales y que proporcionan las bases para las estrategias de acceso a otros ámbitos fundamentales en los que se participa –salud o educación, por ejemplo–. Evidentemente, incluso este tipo tan localizado y relativamente delimitado de unidad de observación, mantiene relaciones con otros ámbitos de la sociedad y se configura como lo hace, precisamente porque tiene la inserción que tiene en el conjunto de la sociedad. En estos casos, el trabajo etnográfico se tiene necesariamente que centrar en la comunidad o comunidades locales que constituyen esa unidad de observación, pero es imposible la comprensión amplia, si no se construyen redes de relación y se siguen y se trabaja en ellas dentro y fuera de los espacios que puedan, hasta cierto punto, circunscribir esa comunidad local y si no se sigue longitudinalmente en el tiempo a grupos e individuos. Por medio de estas tareas se pueden comprender las conexiones con otros ámbitos, la incidencia que tienen en las localidades de las que partimos, la importancia que tiene la-s comunidad-es en la vida social del contexto más amplio.

Aquí podría poner como ejemplo los poblados-ghetto de los gitanos, tal como eran en los años 60 y 80 del pasado siglo y tal como lo siguen siendo en los que, no tan pocos relativamente, se mantienen en la actualidad. Los individuos tenían las relaciones cotidianas fundamentales de la vida social densamente concentradas en su poblado, donde encontraban la máxima seguridad y donde se debían atener a sus normas de convivencia y autoridades, donde recibían y prestaban la ayuda física, económica y moral más inmediata, donde mantenían su actividad religiosa en el interior del culto Aleluya o mediante las visitas de un sacerdote católico y los niños asistían a una escuela que frecuentemente había en el interior del poblado. El trabajo se desarrollaba fuera del poblado, aunque a veces era patrimonio de sus vecinos o incluso de un grupo de parientes en él, un nicho económico concreto. Con frecuencia existía un médico privado o un consultorio, cercanos, a los que todos acudían. Las relaciones con la Administración eran mínimas. El suministro de energía era el butano que llevaban al poblado. A pesar de todo, había parientes fuera del barrio, hospitales a los que a veces había que recurrir, parroquias que dispensaban bienes a los desfavorecidos en ciertas ocasiones, mercados en otros barrios, ciudades y regiones, trabajos temporales que movían grupos enteros incluso fuera de España, conflictos

que les afectaban a cientos de kilómetros a los que se desplazaban. No era lo cotidiano, pero sin todo ello la vida nunca hubiera sido lo que era. Y para eso era preciso seguir a las personas, acudir con ellos a los hospitales, participar en las concentraciones religiosas, acudir con ellos a los lugares de conflicto, es decir, era necesario seguirles de una forma constante y durante mucho tiempo a los lugares, situaciones y contactos para poder llegar a tener una comprensión abierta y cumplida de la vida social.

Hasta aquí, la única diferencia entre un trabajo de comunidad en una SUI y una SP es la necesidad de un conocimiento diferente de la historia respectiva, a veces por medio de instrumentos de investigación también distintos, y de las condiciones y factores macroestructurales en los que esas comunidades se inscriben. En el ejemplo, además de los datos históricos y estructurales relativos al contexto amplio en el que se insertaban los poblados, otros eran también necesarios, tales como el conocimiento de la Ley de Vagos y Maleantes –después, de Peligrosidad Social–, la situación del empleo al nivel de la demanda posible por parte de la población estudiada, el movimiento mundial asociativo y el movimiento mundial de los Pentecostales y la forma en la que se insertaban en el Registro de Religiones o de Asociaciones del Ministerio del Interior, y otras cuestiones similares. No se trata de aportar un inventario sino de ilustrar un comentario con un ejemplo. La etnografía ya exigía realizar estas “extensiones” del trabajo de campo local, cuando se tomaba como centro la comunidad local, que concentra condiciones que se explican desde su exterior e irradia relaciones en infinidad de ámbitos. Otra cosa es que no se hiciera, se intentara justificar que no se hacía o, con poca experiencia, se pidiera a los etnógrafos que hicieran todo al tiempo.

b) Es posible estudiar *instituciones y grupos institucionalmente constituidos*. Pero, de nuevo, también aquí –y no sé por qué se ignora tantas veces–, nos exige comprender las conexiones institucionales y también lo que ocurre fuera de las paredes que circunscriben una sede social. Nos impele a comprender las relaciones que se dan en ella y mediadas por ella, la forma en la que inciden en la vida de sus miembros y la forma en la que las posiciones y condiciones de cada uno de ellos inciden en su posición y sus condiciones en la asociación o la institución. El análisis institucional desarrollado por los sociólogos y, quizá aún más, los psicólogos sociales, es una fuente importante de aprendizaje para nosotros. E igual creo que lo son y han sido para ellos formas etnográficas de aproximarse y abordar el estudio en estos casos. Pero, en cualquier caso, *sigue siendo necesario que los etnógrafos se decidan a trabajar en los distintos contextos, en los que participan las personas que conforman una institución y no sólo en el interior de ésta, y no sólo en ciertos aspectos estrechamente definidos, si es que realmente queremos conocer esas instituciones*. No digo que sólo se deba hacer esto. Digo que esto es necesario hacerlo para poder hacer después otras investigaciones más focalizadas.

c) Algunas veces existe una “*comunidad moral*”, en términos de Weber, que aglutina en una gran red o un grupo o en torno a una institución –cercano a lo que Adrian Mayer llamaba, hace ya muchos años, un “conjunto de acción”– una red latente que se activa para ciertos propósitos o que se cohesiona en ciertos acuerdos comparti-

dos¹⁰. Son personas que se vinculan solidariamente frente a otras o a otros grupos o instituciones o segmentos cualesquiera de la unidad de referencia, de la que se separa de alguna forma su comunidad –pueblo, Estado, aldea o mundo–. Son los partidarios de una línea ideológica, los fieles de un culto laxo y acéfalo, por ejemplo.

No existe aquí “comunidad” alguna en el sentido superficialmente utilizado del término, al que nos hemos acostumbrado. Sin embargo, los ecologistas con ideales universales y formas compartidas de luchar por ellos, sin conocerse, son una comunidad en este sentido. En estos casos, el estudio exige un dinamismo especial y puede realizarse, por ejemplo, tomando como centros de observación para el estudio instituciones, redes, grupos, incluso individuos, que exhiben ciertas características que vertebran la investigación y que les hace pensar y actuar en el mismo sentido, aunque no lo hagan juntos ni de la misma manera.

De nuevo nos reclama seguir las redes, las conexiones, la historia compartida de aquello que les une y que no necesariamente interpretan de la misma forma. Tendremos que señalar tentativamente los factores y aspectos macroestructurales en su entorno de referencia y los contactos interculturales entre su sociedad y otras sociedades, que puedan incidir de forma notoria en la configuración de las ideas y comportamientos. Será necesario atender a la configuración y los distintos niveles de formalización de la comunidad moral, así como a los valores y los significados que se autoatribuyen y los que otros les aplican. Y se trata además de llegar a conocer su capacidad de incidencia y extensión y, en definitiva, su existencia sociocultural en el contexto, frecuentemente pluricultural, en el que se sitúan y cómo éste responde a ellos en qué procesos y con qué tipo de dialéctica. Conviene recordar aquí esto, porque, incumbiendo a todos los estudios, es especialmente escurridizo y difícil en éste.

d) Pero con mucha frecuencia nuestro objeto de estudio está en *individuos y en conjuntos teóricamente definidos de individuos disjuntos*. Por lo general, se trata de

¹⁰ La diferencia fundamental en la forma en la que aquí hablamos de “conjunto de acción” y en la forma en la que habla A. Mayer es que él pone el énfasis en la existencia de un *ego* aglutinador de la “comunidad”, mientras que aquí la eventual capacidad de movilización o activación de la solidaridad depende de los propósitos y acuerdos compartidos, que serían el elemento fundamental, y no de la voluntad individual de un *ego* central. La cercanía de ambos usos se constata al tener en cuenta que Mayer reconoce también que, entre los criterios de pertenencia, no está el de interacción con otros miembros del cuasi-grupo en general: “Las interacciones de este tipo de cuasi-grupo se dan en un conjunto de acción o, más bien, *en una serie de conjuntos de acción*”. (Mayer, 1980:109. Énfasis nuestro). Fuera de la dependencia de un *ego*, aceptando sin embargo la frecuente presencia de varios *ego* aglutinadores relacionados, otras características son similares a las apuntadas por Mayer: comprende una amplia variedad de bases para el establecimiento de enlaces, los vínculos están basados a veces, aunque no siempre, en la pertenencia al grupo –por ejemplo, partido político o grupo de culto religioso–, aunque no se trata de los grupos mismos, no es una entidad “permanente” como el grupo pero, aun no siéndolo, el conjunto de acción es una entidad limitada, ya que cada vínculo tiene una razón específica de pertenencia sin que existan derechos u obligaciones que afecten a todas las personas involucradas. También es diferente de una clasificación, pues los miembros son conscientes de formar parte de una población reclutada con un propósito específico y común, aunque no sean capaces de identificar a todas las demás personas involucradas –Agradezco a José Luis Molina y Aurelio Díaz su aportación a esta discusión–.

individuos que comparten ciertas características que los hacen teóricamente pertinentes sin que necesariamente los vincule entre sí solidariamente a ningún nivel, aunque pueden estarlo. Tendríamos, por tanto, que entender las diferencias –de contexto, posición, significación...– desde la vida del individuo, de cada individuo seleccionado, aunque nunca podremos abarcarla del todo. Aun sabiendo de lo limitado de nuestra capacidad, sería preciso intentar abordar la comprensión biográficamente; pero también seguir su búsqueda en los “*settings*” de los que sea actor, en los diferentes papeles que desarrolla en ellos, en la forma en los que los pone en relación o en la que se esfuerza por mantenerlos desligados. Necesitamos saber lo que significa y cómo se desarrolla socioculturalmente esa-s característica-s, lo que implica para la gente y, en su existencia en ella, para otra gente con quien no la comparte. El estudio de los ancianos marginados sería un ejemplo que conozco razonablemente bien. Otros ejemplos serían el estudio de los jóvenes consumidores de droga, el de los usuarios de un servicio psiquiátrico o el estudio de las ideas sobre la identidad étnica en los inmigrantes a Cataluña de otros lugares del Estado en los años 60 y 70 del siglo pasado.

Como decía al comienzo de este apartado, mi objetivo al señalar estos cuatro tipos de estudio es únicamente ilustrativo respecto a tipos de investigación frecuentes en la Antropología de las SUI, sin agotar el repertorio y con la intención de mostrar que es necesario recurrir a estrategias y a diseños y técnicas diferentes, pero que el planteamiento metodológico y el conjunto de la propuesta de investigación etnográfica, que defendemos, son posibles también aquí.

5. 5. Consideraciones sobre el uso de la observación participante en las SUI

La observación participante, *tal como la hemos descrito* brevemente en este texto, sigue siendo una herramienta etnográfica tan insustituible como insuficiente, también en el estudio de nuestras sociedades y de nuestras ciudades; y lo es en varios sentidos en los que ya era necesaria:

a) En primer lugar, sigue siendo la mejor garantía de encontrarnos precisamente con lo que no esperamos.

b) En segundo lugar, permite recibir información de múltiples formas y observar en relación lo que aparecería dividido y sin conexión en el caso de recurrir sólo a técnicas preautadas –cuando esas relaciones no están previstas en el diseño, es decir, con enorme frecuencia e inevitablemente–.

c) En tercer lugar, permite conocer personas y contextos, de forma que posteriormente puedan diseñarse muestras más adecuadas y permite también tomar más precauciones para recibir información fiable de las que se podrían tomar sin hacer observación participante.

d) En cuarto lugar, permite conocer personas y contextos con las que y en los que pueden solventarse dudas derivadas del uso de otras técnicas, así como obtener colaboradores fiables y sin improvisación para la colaboración en el estudio, cuando son necesarios, que no es siempre.

e) En quinto lugar, a partir de la observación participante, se construye un conocimiento que se ha ido contrastando y configurando progresivamente y que resulta muy importante a la hora de realizar los análisis de datos.

f) En sexto lugar, nos coloca en una situación analítica desde la que podemos formular nuevas hipótesis, con más posibilidades de que tengan sentido que las que se suelen formular en los análisis que parten tan sólo del bagaje cultural, social y personal del investigador y del conocimiento a través de técnicas preautadas que comportan, en principio, un riesgo mayor de proyecciones ego y etnocéntricas.

La mayoría de estas ventajas y otras son las mismas que cuando hacemos observación participante en las SP, ciertamente. Pero en los estudios de las SUI, por lo general y salvo honrosas excepciones, las técnicas se sitúan menos en el contexto, prescinden más de los significados, se pautan a priori –sobre el más que dudoso supuesto de que esa pauta garantiza que cada informante entienda por cada ítem lo mismo que los otros– y se diseñan sin las suficientes garantías de comprensión previa respecto a cómo poder diseñarlas y utilizarlas en la práctica. Por eso los riesgos son la estandarización arbitraria de todos los elementos no incluidos en el diseño; el etnocentrismo inevitable –incluido el que proporcionan las teorías– desde el que se procede a cerrar los instrumentos y diseños; el desconocimiento de todo aquello que no ofrece el resultado técnico prediseñado, de manera que, ante una correlación no espuria, el análisis puede concluir formulando una hipótesis causal o interpretativa o de cualquier otro tipo, en la que los factores explicativos se basan en el bagaje previo del analista, sin posibilidad de introducir otros que sean producto del largo proceso de comprensión, muchas veces inesperados y críticos a nuestros supuestos culturales personales y académicos. Pues bien, esos mismos riesgos están presentes en el estudio de las SP y de las SUI, con más posibilidades de fracaso cuanto más se aleja nuestro capital mental del de las poblaciones y contextos con los que trabajamos y cuanto menos dedicación a la comprensión previa y menos tiempo al estudio de los procesos nos otorguemos¹¹. Y aún más, si el riesgo de la observación participante en

¹¹ Así pues, por ejemplo, podemos estudiar la reacción social, cultural y personal, marcada por los precedentes históricos y biográficos, ante ciertas intervenciones quirúrgicas de un tipo homogéneo o de varios tipos homogéneos a lo largo de un periodo. Ciertos datos son presumiblemente comunes y se pueden tomar en el hospital. Sin embargo, no necesariamente son homogéneos, de forma que, como se ha hecho notar en diversos estudios, el personal sanitario puede emplearse más y el hospital emplear más fondos ante, por ejemplo, un joven que un anciano, ante una mujer que es madre de 6 hijos que ante otra de edad y condiciones semejantes sin hijos, ante un paciente que es médico que ante uno que no lo es, etc. Me parece evidente que la observación prolongada y, si es posible, la observación participante, sería el mejor instrumento de indagación hospitalaria para estos aspectos. Otros datos del contexto hospitalario conducirán a técnicas pautadas, como las que recogen la información contenida en las historias clínicas o la opinión explícita de facultativos y pacientes respecto a cuestiones en las que la opinión es un dato de valor. Pero, aun así, es posible que sepamos que la opinión es un dato importante en tal o cual aspecto después de un periodo de observación o de observación participante en el hospital. El recurso paralelo de los pacientes a la medicina privada o de mutualidad, los costes directos y algunos de los indirectos derivados de una intervención, el impacto en el consumo familiar –al menos en cuestiones esperadas y no ocultas–, la provisión de ayuda doméstica especial para el caso, la ubicación del paciente y de los familiares durante los primeros días, las calificaciones escolares de los hijos comparadas, también parecen cosas que se pueden conocer preguntando y esperando una respuesta sin falsedad y sin ambigüedad o a través de observaciones breves. Al menos, en principio, así parece. Pero otras serán imposibles de prever y, por tanto, de prediseñar: la red potencial de apoyo del enfermo y las redes potenciales

las SP ha sido, entre otros, la extrapolación a poblaciones enteras de afirmaciones y conclusiones, a las que se ha llegado en el estudio de poblaciones comparativamente exiguas, olvidando la variabilidad interna y el contexto social más abarcador, en las SUI esa diversidad es, sólo en principio, mayor y los diversos planos y conexiones más complejos y múltiples, por lo que la extrapolación puede distorsionar todavía mucho más.

En conclusión, el modelo descrito en los cuatro primeros puntos de este texto, pienso que puede y debe mantenerse, dentro de las limitaciones expuestas: los resultados de la investigación, sean producto de una o de otra estrategia o de uno u otro instrumento técnico, son resultados que tienen que ponerse a prueba una vez obtenidos. Dado que cada técnica tiene sus riesgos particulares, el variar y combinar en todo lo posible los instrumentos entre la etapa inicial de comprensión y la o las sucesivas de contrastación parece de todo punto deseable. Sean unos u otros, la formalización de generalizaciones e hipótesis de todo tipo y la plasmación en una estructura etnográfica son un proceso necesario e incluso inevitable en la investigación, por lo que más vale que se haga de forma rigurosa y crítica. Entendemos así que una buena etnografía empieza, entre otras cosas, por haber obtenido una gran cantidad y variedad de información etnográfica, que se va articulando críticamente en una propuesta de conocimiento de la población a través de diversas situaciones y personas y a lo largo de un periodo de tiempo suficiente para poder confiar en ella.

La traslación del modelo de investigación etnográfica propuesto, debe ser adaptado cuidadosamente a cada investigación concreta, teniendo además presentes las exigencias de sociedades que son diferentes en razón de su complejidad de contextos, situaciones, instituciones y poblaciones diversas. Pero, una vez dicho esto, podría resumirse diciendo una vez más que se trata de un problema técnico, para el que la Antropología puede y debe recurrir a todos cuantos procedimientos, instrumentos y estrategias tenga en su haber y tengan en su haber las restantes Ciencias Sociales y las Humanidades, hacer adaptaciones y combinaciones entre ellos o inventar otros nuevos. En suma, deberíamos tratar este asunto como un problema instrumental que, sea lo costoso que sea, debe servir a la consecución del objeto de la Antropología y a las particularidades con las que en cada caso nos enfrente; y que de ninguna manera

de apoyo de los cuidadores y todos los implicados; si el contexto nos es desconocido, distribución de las responsabilidades de cuidado y sustitución social del enfermo y de los cuidadores, atención específica prestada en función de la escala de gravedad percibida y conceptualizada por el grupo en el que se inserta el enfermo —por ejemplo, lo más grave, el cáncer, aunque la intervención sea menor y el pronóstico excelente, lo menos grave, una rotura de ligamentos del codo, aunque el dolor impida el uso del brazo durante mucho tiempo; o bien que se considere que es grave si se sangra, pero no la tensión arterial alta o grave, si los efectos visuales son inmediatos y llamativos y no si no lo son etc. — y cómo se combinan en una escala, que no será idéntica entre actores. Se nos puede ocurrir preguntar por los precedentes de esa enfermedad en la familia o la vida del paciente y no por los precedentes de similares invalidantes del mismo y su familia y qué recursos utilizaron. Puede que sea innecesario o inútil. Pero el que se nos ocurra que es necesario conocerlo, muchísimas veces no se debe a un conocimiento teórico ni etnográfico, ni clínico previo, ni tampoco a una porción del saber en nuestro bagaje cultural-personal, sino a acontecimientos inesperados que pasan ante nuestros ojos.

se puede construir una Antropología sólo de lo permitido por sus instrumentos tradicionales porque sería, simplemente, su renuncia como disciplina.

6. Referencias bibliográficas

AGAR, M.

1992 [1982] “Hacia un lenguaje etnográfico”, en C. Reynoso (comp.), *El surgimiento de la Antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa, 117-137.

GLASER, B. G.; STRAUSS, A. L.

1967 *The Discovery of Grounded Theory: strategies for qualitative research*. New York: Aldine.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Aurora

1990 *Etnografía y comparación. La investigación intercultural en Antropología*. Barcelona, Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.

2003 *Crítica de la singularidad cultural*. Barcelona: México: Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana.

2006 “Del utillaje conceptual de la antropología: los usos del término ‘inductivismo’ y los usos del término ‘hermeneútica’. Dos propuestas de clarificación”. *Revista de Antropología Social*, 15: 327-372.

MAYER, Adrian C.

1980 “La importancia de los cuasi-grupos en el estudio de las sociedades complejas”, en M. Banton (ed.), *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza: 108-133.

SAN ROMÁN ESPINOSA, Teresa

1983 “Antropología aplicada al trabajo social: el desarrollo de los gitanos”. *RTS. Revista de Treball Social*, 91: 146. Número monográfico.

1996a “De la intuición a la contrastración: el trabajo de campo en la Antropología y en la formación de nuevos antropólogos”, en A. González Echevarría (coord.), *Epistemología y método*. Zaragoza: Instituto Aragonés de Antropología y Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español, 167-178.

1996b “Interdiscipliniedad, interprofesionalidad e intervención social”, en J. Prat y A. Martínez (eds.), *Ensayos de antropología cultural*. Barcelona: Ariel, 407-416.

2006 “¿Acaso es evitable? El impacto de la Antropología en las relaciones e imágenes sociales”. *Revista de Antropología Social*, 15: 373-410.

VALDÉS, María

2002 “Un primer paso necesario. Notas para un estudio crítico de autores clave de la historia de la antropología”, en A. González y J. L. Molina (coords.), *Abriendo surcos en la tierra. Investigación básica y aplicada en la UAB (Homenaje a Ramón Valdés)*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, Publicacions d'Antropologia Cultural, 2002, 481-492.